

Sábado de gloria

Martha Isabel de la Colina

Escuela Nacional de Música

El día abrió amarillo por las cuatro esquinas de la casa y el primero en despertar fue el gato, que salió al jardín por un agujero en la ventana. Dejó enfriar a la brisa su pelo apelmazado tras una noche dormido en la panza de Josué y trepó ligero por las rugosidades en el árbol de chabacano.

Cuando el frío en el ombligo despertó a Josué, un ruido de cazuelas golpeadas le anunció que sus hermanos ya habían invadido la cocina. Los más pequeños preparaban huevos con cajeta, Cayo batía claras y Oralia, la mayor, prendía el bóiler.

—Hoy es sábado de gloria —dijo Josué poniéndose una camiseta agujerada—. Vamos a hacer guerritas en la casa del Coqueto.

Él y Cayo comenzaron a preparar globos y a llenar cubetas de agua, pues la manguera no alcanzaba a llegar al patio del enemigo.

Oralia salió del baño con una toalla enrollada en la cabeza y encendió la tele para los pequeños. Mientras los bulbos se desesperaban, ella se vistió, se pintó y le dijo a su madre, sepultada en las cobijas, que ya se iba al mandado.

Salió a la calle cargada de primavera, con más colores encima que una guacamaya. Las chancas le apretaban y los tubos bajo la pañoleta comenzaban a causarle comezón, pero el día estaba tan hermoso, con un sol radiante que traspasaba las hojas de los árboles y la brisa acariciando las aristas de las calles.

Pronto recordó lo que era obvio: "Me van a mojar. Justo ahora que estreno mis shorts sicodélicos". Sacó su abanico de cartón y plástico, y comenzó a menearlo nerviosamente. Vio pasar a la señora Luz con su caniche y abierta la sombrilla.

—¿Qué pasó, chula? —saludó la anciana—. ¿No traes paraguas? No te vayan a mojar. A mí, que me empapen si quieren,



pero a Totó que ni lo toquen, es tan delicado que le puede dar una pulmonía.

Oralia ofreció una forzada sonrisa al mimado can.

—¿Cómo sigue la señora Gina?

La joven preguntaba por la última víctima de Totó. Le había brincado en la cabeza desde la azotea. No soportaba ver gente frente a su casa.

—Bien, bien —contestó la señora Luz algo molesta—, si ni le pasó nada. Pobrecito de mi Totó, por poco se me muere del coraje de ver a esa mujer.

Se despidieron con besos al aire, rozándose apenas las mejillas.

“Un paraguas” se decía Oralia batiendo su abanico “me hubiera traído un paraguas”. Demasiado tarde. La hija de la señora Gina ya le había lanzado una cubetada de agua.

—¡Ji, ji, jí —rió la niña— ¿a dónde vas tan tempranito?

La cabeza vendada de la madre asomó por la ventana:

—Ora sí te ensoparon, Oralia. Pásate a tomar una coca en lo que te secas.

—No, gracias, señora, tengo que comprar algunas cosas.

En realidad, Oralia hacía su viaje para poder pasar frente a la casa de los Rodríguez: un destartalado chalet rodeado de maleza, donde Rodrigo Rodríguez y sus hermanos se sentaban a tomar el fresco y limonada los fines de semana.

“¿Qué va a decir mi Rodri cuando me vea toda empapada?”

Preocupación inútil. Rodrigo Rodríguez no sabía ni su nombre. La había visto algunas veces, pues difícilmente podía pasar inadvertida, sobre todo por su volumen. Pero Rodrigo sólo pensaba en su auto, un viejo jeep perdido entre la hierba, que reparaba todas las tardes de 4 a 6 y nunca había podido echar a andar.

Oralia se soñaba paseando en el destartalado jeep, bañada en flores y prendida al cuello de su amado. Se detuvo a saborear su escena imaginaria cuando sintió un frío globo deslizarse por su espalda y que luego estalló en la banqueta.

—¡Perdón Oralia! —se disculpó el Coqueto, descendiendo de una barda, su posición de ataque—. ¿Qué haces por acá?

—Voy al mandado.

—¿A quién se le ocurre salir al mandado en este día? —preguntó el padre del niño, quien colocaba un enano de piedra en el jardín al son de la última de los Monkees—. Te aconsejo que regreses antes de que empiece la batalla. Yo me voy a encerrar nomás éste quede bien puesto en su lugar.

Ya llevaba 15 enanos. Compraba uno cada mes. Su plan inicial había sido tener sólo tres, pero más tarde descubrió que ya no podía detenerse y siguió comprando más enanos de piedra.

—Dicen que la gente se vuelve loca en marzo —comentó acariciando su nueva estatua de 120 centímetros de altura—, peligrosa a veces. ¿Tú qué crees, reina?

Resbalaba su mirada por el cuerpo de Oralia. Siempre le habían gustado las féminas entradas en carnes, las jamoncitas.

—Llévate esta toalla por si te vuelven a mojar —le dijo el Coqueto antes de subir a la barda de nuevo.

Ya en la esquina, Oralia recordó que ni siquiera le había preguntado a su madre si necesitaba algo de la tienda.

—Compraré mantequilla y huevos —se decía en voz alta, mientras la sonrisa de Rodrigo iluminaba el fuego de los colorines a su paso—. Pan Bimbo para las estampitas de Sudamérica que nos faltan.

Las González salieron a saludar abrazadas a sus muñecas. Habían puesto una alberquita de plástico en medio del patio.

—Vente a jugar con nosotras —dijeron las pequeñas presumiendo sus bikinis amarillos—, de todos modos ya estás mojada.

Unos barquitos de papel flotaban en el agua. El sol reflejado lanzaba fuertes destellos. Un pastel de lodo reposaba en el suelo. Oralia sintió deseos de quedarse en ese pequeño edén pero, después de prodigar algunas alabanzas a las niñas, siguió su camino.

¿Cómo estaría Rodrigo Rodríguez? Tal vez podría verlo de pantalones cortos al fin; debía tener las piernas gordas y peludas, deseaba Oralia mientras frotaba su ropa con la toalla.

Mas cuando llegó frente a la ansiada casa no encontró a nadie, ni siquiera al mayor tomando el sol con la panza de fuera.

Por eso hasta fue un consuelo sentir esa mano agarrándola del cuello, y al hacerle manita de puerco ni siquiera gritó. Pataleó un poco cuando la arrastraron por la hierba y le sumergieron la cabeza en un tonel lleno de agua.

“¿Qué voy a hacer si me matan?” se preguntó decidiéndose apenas a sentir miedo.



Antes fueron el ruido y la luz, la estridencia sicodélica arrastrándose perezosa por las calles tendidas al sol. Ahora es el silencio. El agua helada que se clava en la piel como multitud de agujas diminutas. Un vago rumor llega a tus oídos y se confunde con los enanos de piedra que danzan a tu alrededor. Un perro microscópico brinca desde el edificio más alto y amenaza con morderte. ¿Ha pasado el tiempo? ¿Ese fuerte palpitar, la vibración metálica en tus sienes, es la música del cielo?

Josué y Cayo habían agotado su provisión de globos de agua y habían acarreado tantas cubetas que sólo el honor les impedía pedir paz, cuando llegó su madre chancleando por el pavimento mojado.

—¡Pido, pido! —chilló Cayo— ¡Viene mi mamá.

El Coqueto y su hermano hicieron alto al fuego.

—Ya van a dar las doce y no ha llegado tu hermana. Vayan a buscarla.

—¿Qué le va a pasar a Oralia? —preguntó Josué— Si alguien se le acerca, nomás lo mata de un sentón.

El niño recibió un coco sin rezongar y los cuatro escuincles fueron en busca de Oralia.

Después de recibir algunos paraguazos de la señora Luz por empapar a su microscópico perro, y luego de torturar a las niñas de bikinis amarillos, encontraron a Oralia al pie de un árbol, llore y llore. Tenía un raspón en la rodilla y los tubos en desorden.

—¿Qué te pasó? —le preguntaron.

—Es que los Rodríguez... —berreó Oralia.

—¿Te pegaron?

—Me metieron la cabeza en un tambo lleno de agua y después de un rato me dejaban respirar y luego me volvían a sumir en el agua y luego otra vez y otra y otra...

—¿Te pegaron? —insistió Josué—. ¿Te hicieron algo feo?

—Se rieron de mí —chilló Oralia—. Todos se rieron de mí.

Cayo lanzó una mirada furiosa a su hermano:

—Hay que vengamos de los Rodríguez.

—Si, chucha —objetó Josué—, como que nos doblan la edad.

—Podemos pintarles cosas feas en las paredes.

—Pero si es sábado de gloria —dijo el Coqueto— ¿A quién se le ocurre salir al mandado en este día?

El olor a carne asada los recibió en casa de Oralia. Su padre tocaba la guitarra y la señora Gina cantaba con tal emoción que parecía estar a punto de reventar sus vendajes. La señora Luz liberaba a su caniche que en seguida se apoderó del patio. El papá del Coqueto portaba orgulloso su mandil y manejaba la carne con el trinche.

El gato, desde la copa del árbol, veía con desconsuelo que Totó se robaba un bistec impunemente.

La música y el aire, al mecer las plantas en el jardín, hicieron que Oralia olvidara sus penas. "Es una ocasión perfecta para lucir el vestido rosa de moñitos y mis zapatos amarillos."

Y corrió a cambiarse de ropa ☉